

## EL OFICIO DE CABALLERIZO MAYOR EN EL REINO DE NÁPOLES DURANTE EL SIGLO XVII<sup>1</sup>

Koldo TRÁPAGA MONCHET  
*IAP de UNL/ IULCE*<sup>2</sup>

### La casa real de Nápoles y los siete *Grande Uffici*

La casa real de Nápoles se había constituido en el siglo XV en el centro de integración de las élites políticas del reino en torno al soberano. Fernando I, tras su proclamación como rey, restableció los siete *Grande Uffici* con la idea de vincular a los mayores linajes a su persona. La unión se producía en desigualdad, al convertirse el beneficiario de la dignidad en criado del soberano y, por lo tanto, en inferior suyo. De esta forma, la familia Colonna ostentó el título de gran condestable del reino desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVII. No fue, ni mucho menos, el único. Los príncipes de Molfetta fueron, en cambio, grandes maestros justicieros del reino, mientras que los Avalos de Aquino retuvieron el de gran camarlengo<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Este artículo se enmarca dentro del proyecto de investigación “Las contradicciones de la Monarquía Católica: la corte de Felipe IV (1621-1665)” (Ref. HAR2009-12614-C04-01) Abreviaturas: AGS: Archivo General de Simancas. AHN: Archivo Histórico Nacional. ASN: Archivio di Stato di Napoli. BNE: Biblioteca Nacional de España. RAH: Real Academia de la Historia.

<sup>2</sup> Instituto de Arqueologia y Paleociências, Universidade Nova de Lisboa, Instituto Universitario “La Corte en Europa”.

<sup>3</sup> M. Rivero Rodríguez: *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica en los siglos XVI y XVII*, Madrid 2011, pp. 143-145. La familia Pignatelli, primero, y la de Caracciolo, después, patrimonializó el cargo de Gran Canciller. El de Gran Senescal lo estuvo en los Guevara, condes de Potenza y duques de Bovino.

De la misma forma que había acaecido con los *Grande Uffici*, el de caballerizo mayor o teniente de caballerizo mayor<sup>4</sup> permaneció en el titular del linaje de los marqueses de Santeramo desde finales del siglo XV hasta bien entrado el seiscientos. Entre otros muchos ejemplos ilustrativos, mencionar la misiva de diciembre de 1685 del marqués del Carpio, por aquel entonces virrey de Nápoles. En ella, notificaba haber expirado la vida del marqués de Santeramo “en el puesto de Cauallerizo mayor de estas Reales Cauallerizas [...] haviendo más de duzientos años que está este empleo en la cassa del Marqués”<sup>5</sup>.

Al hacerse con la corona, Fernando el Católico respetó las estructuras políticas existentes aun teniendo la potestad de alterarlas al haber sido el reino conquistado por la fuerza. Política continuada por parte de Carlos V con objeto de presentarse como buen *pater familiae* ante sus súbditos. La muerte del emperador y la fijación de la corte en Madrid, con lo que ello conllevaba, inauguró un periodo de incertidumbre del entronque del oficio dentro de la Monarquía. Como ha señalado Aurelio Musi, resultaba complejo insertar los siete *Grande Uffici* en el “apparato vicereale” napolitano<sup>6</sup>. Se produjo, finalmente, la separación entre el “honor” y el “oficio” propiamente dicho quedando sus propietarios con las funciones simbólicas, pero sin el ejercicio diario en el servicio doméstico del virrey<sup>7</sup>. El de caballerizo mayor compartía ciertas similitudes con éstos ‘oficios honoríficos’ pero, sin embargo, contenía algunas peculiaridades que le asemejaban al de capellán o capitán de la guarda.

### El caballerizo mayor en la casa real de Nápoles

Pietro Giannone en su *Storia Civile del regno di Napoli* dedicó unas páginas a la casa del reino. Al referirse a ella en el siglo XVI, momento en el que se produjo la incorporación del reino al patrimonio dinástico de los Habsburgo, indicaba que el conocimiento de la jurisdicción sobre la casa y palacio del rey pertenecía al *gran siniscalco* “come capo ufficiale della casa del re”. A comienzos del siglo XVII esta fue transferida al auditor general que en

---

<sup>4</sup> Conviene detenerse, brevemente, en este punto. Las fuentes documentales manejadas, que proceden principalmente del Archivo General de Simancas, denominan en ocasiones al oficio como “teniente de caballerizo mayor”, pero consideramos que en realidad se trata de caballerizo mayor. Los títulos de expedición del privilegio del oficio así lo recogen, al igual que las menciones realizadas por los coetáneos.

<sup>5</sup> AGS, SSP, leg. 23. En él pueden hallarse numerosos ejemplos.

<sup>6</sup> A. Musi: “La corte vicereale di Napoli: Ideologie del potere, pratica politica, correnti spirituali”, en J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez y G. Versteegen, (coords.): *La Corte en Europa: Política y Religión (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 2012, III, p. 1623.

<sup>7</sup> M. Rivero Rodríguez: *La edad de oro de los... op. cit.*, pp. 144-145.

realidad era una forma de sustraerlo del conocimiento del gran senescal, por estar este oficio en manos de un gran aristócrata napolitano.

Las guardas estaban gobernadas por el capitán<sup>8</sup>, la capilla por el capellán mayor<sup>9</sup> y la sección de la caza por el montero mayor. Ejercían dentro de palacio ante los ojos del virrey. Formaban, por lo tanto, parte del servicio del virrey pero siendo criados (familiares) del rey. La principal disimilitud del empleo de caballerizo mayor procedía, justamente, del título que encabezaba el análisis del empleo. Éste rezaba “capo IV. Degli altri ufficiali che militano fuori della casa del Re”. El párrafo introductorio indicaba las modificaciones introducidas por los “spagnoli” que influyeron en el devenir de la caballeriza y montería y, por lo tanto, de sus jefes. En un principio ambos habían estado incluidos entre los oficios de palacio, pero las remodelaciones acabaron con el caballerizo

«Questi finora annoverati sono gli ufficiali del regal palazzo secondo la nuova disposizione degli Spagnuoli. Prima tra gli ufficiali della casa del re erano annoverati il maestro delle razze regie, ed il maestro delle foreste e della caccia. Ma sotto il regno degli Spagnouli questi due uffici furono trasformati, e presero altre sembianze»<sup>10</sup>.

Probablemente, al dejar de tener rey propio que residiera entre ellos fue cuando acaeció la descripción realizada por Giannone. Efectivamente, se produjeron sustanciosas correcciones. En el caso de nuestro estudio repercutió, por ejemplo, en su titular y en la forma de obtención. La vinculación de la jefatura de la caballeriza a los Caracciolo de Santeramo a lo largo del siglo XVII fue facilitada por este hecho. La continuación se producía mediante la ampliación del oficio por una vida, tras previa solicitud del interesado. En la petición cursada, el futuro beneficiario ofrecía una contraprestación económica o militar, que era entendida como un servicio. El monarca, por lo general, aceptaba la propuesta. Así se reproducían las formas de dominio, al recordar el noble que el oficio era patrimonio del rey, quien podía disponer de él libremente. El soberano, en cambio, en su magnificencia lo concedía graciosamente, reconociendo la calidad y servicios prestados por el linaje.

---

<sup>8</sup> J. E. Hortal Muñoz: *Las guardas en el contexto de la casa real de los monarcas Austrias hispanos*, Madrid 2013, pp. 563-565.

<sup>9</sup> Para la composición de la capilla real de Nápoles véase R. Pilone: *Guida alla serie «Beneficiorum» archivio del Consiglio Collaterale conservato nell'Archivio di Stato di Napoli (1593-1731)*, Nápoles 2000.

<sup>10</sup> P. Giannone: *Storia civile del regno di Napoli*, Nápoles 1723, II, pp. 346-347

Al caballerizo mayor correspondía el ejercicio de la jurisdicción sobre todas las personas que estaban empleadas en las caballerizas “che il re teneva così in Napoli, come nelle provincie, in Terra di Lavoro, al Mazzone presso Capua, nella Puglia ed in Calabria”<sup>11</sup>. El tribunal desde el que ejercía la jurisdicción se encontraba en Puglia, tierra en la que se encontraba la residencia de los marqueses de Santeramo. Era aquí donde radicaba la fastuosa riqueza de los Santeramo, situándoles entre una de las mayores fortunas del reino<sup>12</sup>. No obstante de la breve pero concisa descripción, Giannone no hacía ninguna alusión al goce anejo a la dignidad. A comienzos del siglo XVII el estipendio, entendido como goce y emolumentos, no ascendía más que hasta quinientos sesenta y dos ducados napolitanos. Según una relación de finales de la centuria el rendimiento era de cuatrocientos tarines anuales<sup>13</sup>. Los ingresos derivados de la aplicación de privilegios, beneficios y otras prerrogativas eran, en cambio, sustanciosos. En noviembre de 1647 don Carlo Caracciolo, a la sazón caballerizo mayor, elevó el montante hasta los tres mil ducados anuales<sup>14</sup>.

Las analogías con el montero mayor no se circunscribían a la reformatión realizada por los españoles, ni a la condición de ambos de servidores “fuori di palazzo”. La permuta del mismo por un servicio económico era una realidad común, pero no así su permanencia en un linaje. En 1620, don Giovanni Urries adquirió el oficio tras el pago de doce mil ducados a Muzzio Passlacqua, quien había sucedido a don Oliverio Caracciolo. Diecisiete años más tarde don Juan Zevallos (don Giovanni Zevaglios) se hizo con él tras el desembolso de veinte mil ducados<sup>15</sup> a la “Regia Corte”. Únicamente un año más tarde, lo transfirió al príncipe de Santa Agata per “lo medesimo prezzo di ducati 20mille”<sup>16</sup>. En 1647 don Carlo Gambacorta, príncipe de Macchia, restituyó la señalada suma además de otros dos mil ducados a la hacienda real. Lo retuvo hasta 1675, fecha en la que don Giovanni Battista Caracciolo ejercía la jefatura de las caballerizas. Para el tiempo de Giannone habían sido suprimidas las caballerizas del reino. ¿Qué es lo que había sucedido a lo largo del seiscientos? A continuación vamos a tratar de analizar la evolución del oficio, mediante el estudio de las personas que lo ejercieron, en relación con la evolución política del reino y Monarquía.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 347. Sobre las caballerizas de la ciudad, el valor simbólico otorgado al caballo por la aristocracia y el buen gobierno véase S. de Cavi: “Emblematica cittadina: il cavallo e i Seggi di Napoli in epoca spagnuola (XVI-XVIII)”, en M. Fratarcangeli (ed.): *Dal cavallo alle scuderie. Visioni iconografiche e architettoniche*, Roma 2014, pp. 43-55 esp. 47-48

<sup>12</sup> A. Musi: *La rivolta di Masaniello nella scena Barocca*, Nápoles 2002, p. 176.

<sup>13</sup> AGS, SSP, leg. 23.

<sup>14</sup> ASN, Segreteria dei viceré, 2º serie, busta 130.

<sup>15</sup> La venta puede encontrarse en AHN, Estado, leg. 230.

<sup>16</sup> ASN, Archivio Caracciolo di Brieza, Carte, busta 2.

## La evolución del caballerizo mayor en la Monarquía Hispánica

«al Marqués de Cervinara hixo primogénito del referido difunto, assi por juzgarle el más apropósito para este manejo, respecto de la curia que en él tiene por lo que desde sus niñezes ha asistido a su Padre, como porque hauiendo más de duzientos años que está este empleo en la cassa del Marqués, no me ha parecido apartarle della, mayormente quando en el heredero concurren las circunstancias expressadas, y se haze tan digno de que Vuestra Magestad le atienda mandando se le de la propiedad de dichas caualleriza»<sup>17</sup>.

Este fragmento de texto formaba parte de la misiva redactada por el marqués del Carpio en diciembre de 1685 en la que notificaba la muerte del marqués de Santeramo y el nombramiento interino de caballerizo mayor que había realizado en el primogénito. Mediante la exposición de todas las virtudes del padre e hijo esperaba, que Carlos II confirmase la elección realizada. Tradición, servicios prestados, calidad de la sangre, hacienda, virtudes personales, conocimiento y habilidades en el ejercicio del oficio se combinaban para hacer del pretendiente el candidato idóneo. Las ‘regaladas’ palabras del virrey habían constituido, sin embargo, una exigencia mostrada por el *Rey Prudente* cuando se había producido la institucionalización de la Monarquía Hispánica.

### *La confirmación de los marqueses de Santeramo en la institucionalización de la Monarquía*

Como hemos mencionado con anterioridad, le “reale rezzie” de Nápoles estuvieron comandadas desde finales del siglo XV por el titular del linaje de los marqueses de Santeramo. En enero de 1573, se despachó en Madrid el título de caballerizo mayor a Giovanni Battista Caracciolo, marqués de Santeramo<sup>18</sup>. Hijo de don Juan Ascanio Caracciolo, que fue uno de los criados más distinguidos del emperador Carlos V, comenzó en 1590 a solicitar la ampliación del oficio y los quinientos ducados que gozaba de pensión<sup>19</sup>. A pesar de las reiteradas instancias del Marqués, no fue hasta el verano de 1594 cuando en la corte de Madrid se comenzó a tratar “sobre el particular del marqués de Sant’Elmo”.

---

<sup>17</sup> AGS, SSP, leg. 23. Carta del marqués del Carpio a Carlos II de 4 de diciembre de 1685.

<sup>18</sup> “Privilegio di Cavallerizzo Maggiore in persona di Don Giovambattista Caracciolo” 12 de enero de 1573, Madrid. En Ministero per i Beni e le attività culturali: Archivio di Stato di Bari: *Archivio Caracciolo Carafa di Santeramo (1191-1976)*, p. 43.

<sup>19</sup> AGS, SSP, leg. 23. Las siguientes líneas se fundamentan en *Ibidem*.

La Junta de Noche o algunos de sus miembros indicaron en agosto de 1594, partiendo de los apuntamientos realizados por el consejo de Italia, las virtudes del pretendiente: “honrado caballero”, heredero de las virtudes y méritos del linaje, tradición de los Santeramo y habilidades del actual Marqués para el buen desempeño del oficio. Don Scipione Caracciolo, primogénito del marqués de Santeramo, fue la persona en la que recayó la ampliación. Al año siguiente el Marqués requirió cambiar el agraciado, al disponer que el don Scipione sirviese al monarca fuera del reino. El rey ordenó “sepase del en que hijo le quiere renunciar y que hazienda le piensa dexar y informese el Consejo de las partes, edad y suficiencia que concurren en tal hijo, y auiseme de lo que parecerá”. El Consejo constató que todo se enmarcaba dentro de los presupuestos reales<sup>20</sup>. En una consulta posterior, el regente don Juan Francisco de Ponte informó de las buenas partes que concurrían en don Marino Caracciolo. A pesar de no tener más que dieciocho años, el dicho era “de mui buena persona, abilidad y partes”. El 7 de marzo de 1596, Felipe II dictó “desele la ampliación del oficio para este hijo que agora nombra segundogénito, y no la que pide de los quinientos ducados”. El 31 de julio, en se despachó en la ciudad de Toledo decreto regio por el cual se ampliaba el privilegio de caballerizo mayor a don Marino Caracciolo<sup>21</sup>. El 7 de septiembre, Marco Antonio Colonna fue investido Gran Condestable del reino. El 22 de noviembre de 1597, se expidió título de Gran Camarlengo del reino a don Iñigo Avalos d’Aquino marqués de Pescara. Se trataba de un proceso común que englobó a las mayores dignidades del reino partenopeo.

En las postrimerías del reinado del *Rey Prudente*, habiéndose producido la institucionalización de la Monarquía y por lo tanto configurado las instituciones de gobierno<sup>22</sup>, se confirmó al igual que con los *Grande Uffici* la vinculación de la caballeriza del reino a la familia de los Caracciolo. Los seis años (1590-1596) que transcurrieron de memoriales, representaciones, informes y consultas evidenciaron la consideración que del mismo se tenía en la corte de Madrid y la

---

<sup>20</sup> “Attentos lo méritos y seruicios del Marqués de Sant’Elmo, pareze que se le puede conmutar la gracia que se le avia concedido de que pudiese renunciar, en que se le conceda la ampliación en uno de sus hijos tanto más que el mayor ha renunciado al derecho”. Madrid, 9 de junio de 1595.

<sup>21</sup> Ministero per i Beni e le attività culturali: *Archivio Caracciolo Caraffa...*, op. cit., p. 46: “Ampliazione del privilegio di Cavallerizzo Maggiore in persona di Giambattista Caracciolo Marchese di Santeramo, passato a Don Marino Caracciolo suo figlio”.

<sup>22</sup> Proceso que ha sido estudiado, principalmente, en J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales (dirs.): *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía Hispana*, Valladolid 1998.

incertidumbre sobre la manera en que se había de insertar dentro de las nuevas estructuras.

*Apogeo y deterioro de las caballerizas reales (1598-1643)*

La institucionalización de la Monarquía, producida en el reinado de Felipe II, derivó en la creación de algunas cortes virreinales en auténticas cortes reales que tomaron como modelo la de Madrid<sup>23</sup>. Ciudades como Nápoles o Palermo, se constituyeron en el centro político-social del reino a donde acudía la aristocracia de la misma forma que había acaecido en la de Madrid<sup>24</sup>. A su vez se produjo un incremento considerable de los oficios nuevos, proveídos por los virreyes en su mayor parte<sup>25</sup>. Las casas reales no fueron ajenas a esta dinámica. Tomando como referencia el tratado de Giuseppe Raneo, Manuel Rivero señala que “sólo el secretario del reino, el ujier mayor, el tesorero general, el escribano de ración, el montero mayor y el correo mayor era de provisión real”<sup>26</sup>. A ellos cabe añadir el de caballerizo mayor.

Las casas reales, tanto la de Madrid como la de Nápoles, se constituyeron en espacios de integración de la nobleza y *baronaggio*. La de los virreyes destacaba, de hecho, por la magnificencia y el elevado número de criados que constituían su servicio doméstico. En ocasiones, no envidiaba a la del rey<sup>27</sup>. Giuseppe Raneo en el *Libro donde se trata de los virreyes lugartenientes del Reino de Nápoles* describió la entrada del conde de Lemos en la corte partenopea. Aurelio Musi basándose en la conocida obra *Il Forastiero* del napolitano Giulio Cesare Capaccio<sup>28</sup> (1634) ha puesto de manifiesto la

<sup>23</sup> M. Rivero Rodríguez: “Una Monarquía de Casas Reales y Cortes Virreinales”, en J. Martínez Millán y M. A. Visceglia (dirs.): *La Monarquía de Felipe III: Los Reinos*, Madrid 2009, IV, pp. 35-47. Ibid: *La edad de oro de los virreyes... op. cit.*, pp. 139-142.

<sup>24</sup> M. Rivero Rodríguez: *Felipe II y el Gobierno de Italia*, Madrid 1998, pp. 208-211. V. Sciutti Russi: *Astrea in Sicilia. Il ministero togato nella società siciliana dei secoli XVI e XVII*, Nápoles 1983, pp. 128-130. G. Giarrizzo y V. d'Alessandro: “La Sicilia dal Vespro all'Unità d'Italia”, en G. Galasso (dir.): *Storia d'Italia*, Turín 1989, pp. 264-267.

<sup>25</sup> M. Rivero Rodríguez: *Felipe II y el Gobierno... op. cit.*, pp. 208-210. P. L. Rovito: *Il vicereame spagnolo di Napoli. Ordinamento, istituzioni, cultura di governo*, Nápoles 2003, pp. 216-217.

<sup>26</sup> M. Rivero Rodríguez: *La edad de oro de los virreyes... op. cit.*, pp. 145-147, cita extraída de p. 147.

<sup>27</sup> C. J. Hernando Sánchez: “Immagine e cerimonia: la corte vicereale di Napoli nella monarchia di Spagna”, en A. Antonelli (ed.): *Ceremoniale del vicereame spagnolo e austriaco di Napoli*, Nápoles 2012, p. 65

<sup>28</sup> Sobre Giulio Cesare Capaccio véase A. Musi: *Napoli Spagnola: La costruzione storiografica*, Salerno 2011, pp. 141-143.

relevancia de la casa y corte real napolitana durante el virreinato del duque de Alcalá<sup>29</sup>.

Se estaba produciendo la concentración del poder en manos de la nobleza y de los virreyes alejándose, de esta forma, la presencia del rey de las cortes virreinales y, por lo tanto, de los súbditos. En el caso concreto del caballerizo mayor el distanciamiento de Felipe III y Felipe IV respecto a los napolitanos, se tradujo en el aumento de la jurisdicción y competencias del tribunal del caballerizo mayor<sup>30</sup>.

En el periodo comprendido entre 1598 y 1645, la familia de los Santeramo continuó desempeñando el oficio entre constantes advertencias e informes del lento pero inexorable deterioro del estado de las reales caballerizas napolitanas. El inicio de la guerra de los Treinta Años y el aumento de las exigencias fiscales reclamadas desde la corte de Madrid<sup>31</sup>, para la financiación de las guerras de la Monarquía, agravó el estado de las caballerizas. El duque de Medina las Torres lo transmitió al rey y al favorito en misiva de 4 de abril de 1639, dejando entrever el mal gobierno que se había introducido en la dirección de la caballeriza del reino que era contrario a los intereses reales:

«el gouierno de la Caualleriza de Vuestra Magestad a quedado en muy mal estado y le tiene mucho peor la obseruancia de lo que Vuestra Magestad tiene dispuesto para su buena administración y que ha dado todas las órdenes necesarias para que se examinen con particularidad todos los abusos que ay sobre esta materia»<sup>32</sup>.

La muerte de don Marino Caracciolo otorgaba una oportunidad para tratar de proceder a la recuperación de la jurisdicción real que había quedado en manos del caballerizo mayor. Sin embargo, la coyuntura política de la Monarquía y el testamento dejado por don Marino, no hicieron más que agravar

---

<sup>29</sup> A. Musi: "La corte vicereale... op. cit., p. 1623. M. Rivero Rodríguez: *La edad de oro de los virreyes...*, op. cit., pp. 151-152.

<sup>30</sup> P. Giannone: *Storia civile...op. cit.*, II, p. 51. Le sorprendió especialmente el punto de que erigiera un tribunal en su feudo de Puglia y, evidentemente, que este acto fuese tolerado por parte de los soberanos.

<sup>31</sup> El decreto de suspensión de pagos de 1627 fue estudiado por F. Ruíz Martín: *Las finanzas de la Monarquía Hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1665)*, Madrid 1990, pp. 69-83. Su relación con el cambio de banqueros proveedores de dinero a la Monarquía, en C. Álvarez Nogal: *Los banqueros de Felipe IV y los metales preciosos americanos (1621-1665)*, Madrid 1997, pp. 26-30. A. Domínguez Ortíz: *Política y hacienda de Felipe IV*, Madrid 1983, caps. II y III, esp. 24-38 para las bancarrotas de las décadas de 1620 y 1630.

<sup>32</sup> AGS, SSP, leg. 23.



los problemas existentes. El polémico legado dividía la herencia en dos beneficiarios. Don Giovanni Battista Caracciolo, nieto del difunto, fue nombrado heredero de la hacienda que tenía en *fidei comisso*, mientras que “todos los seruicios suios y de su cassa a Carlos Carachollo [su hermano] y supplicando a Vuestra Magestad conseruarse en él el offiçio de Cauallerizo Mayor que estaua siruiendo”. Además, al duque de Medina de las Torres le había solicitado la interinidad para su hermano.

La arriesgada decisión adoptada por don Marino podía dividir, como de hecho lo hizo, a la familia en dos bandos enfrentados. Cabe matizar que no hay, al menos en las fuentes documentales consultadas, constancia de luchas nobiliarias armadas dentro del linaje. La intención de don Marino era clara. El nieto había de quedar al frente del linaje con la parte principal de hacienda, mientras que la jefatura de la caballeriza en su hermano. Se estaba solicitando, por lo tanto, la partición de la dignidad del titular de la casa.

Tanto el virrey como los ministros en la corte de Madrid reconocieron la inviabilidad de la propuesta. Sin embargo tampoco podían desilusionar y suscitar desconfianzas en el Marqués, que estaba emparentado con las más principales familias del reino, en semejante coyuntura política. Para dar lustre al oficio siempre se había dejado su ejercicio en el titular del linaje, por lo que no convenía innovar en esta tradición.

Don Francesco Caraffa era procurador de don Francesco Caracciolo, marqués de Seminara y padre de don Giovanni Battista. Su mujer era hija de don Marino, por lo que don Francesco era cuñado del difunto. Don Francesco Caraffa ofreció en nombre de su ‘cliente’ servir con mil hombres, a fin de que el oficio se diese a su hijo y no a don Carlo Caracciolo. En la corte de Madrid, el conde-duque de Olivares y don Joseph de Nápoles formaron una junta en la que se trató la materia desgajándola por vez primera del conocimiento del consejo de Italia.

Ambos reconocían que el oficio de “theniente de Cauallerizo mayor de Nápoles ha muchos años que le tienen los Marqueses de Santeramo en su cassa por merçed de los señores Reyes predeçessores de Vuestra Magestad”, habiéndose sucedido en él los titulares del linaje. Por ello, “deue ser preferido el que sucede en el título y herencia della”. A esta lógica de respeto a la tradición, se le sumaba el hecho de que don Francesco había puesto sobre la mesa un servicio que carecía de antecedentes. Las extremas dificultades que atosigaban a la Monarquía hacían que “deue ser preferido quando faltan medios de suplir a los gastos tan forçosos”. Al marqués de Seminara, padre del de Santeramo, se le

podía confiar el cuidado del oficio<sup>33</sup>, para así tratar de fomentar que “otros que tienen semejantes mercedes” le imiten. Por último, tampoco favoreció a don Carlo la etiqueta de pertenecer a la aristocracia levantisca del reino que tantos recelos y sospechas concitaban en Madrid. Periodo en el que, por cierto, la aristocracia napolitana se estaba haciendo con mayores resortes del gobierno<sup>34</sup>, llegando incluso a copar las regencias del consejo Colateral<sup>35</sup>.

En 1640, el duque de Medina de las Torres remitió una carta al conde-duque de Olivares representándole “la conueniencia de introducir en officios de la casa Real naturales del reino de Nápoles”<sup>36</sup>. El consejo de Estado se reunió en dos ocasiones para analizar detalladamente la propuesta. Los consejeros se dividieron en dos bandos encontrados. Don Gaspar de Guzmán abogaba por el acercamiento de los napolitanos al rey por medio de casamientos, oficios de las casas reales y otros de gobierno y justicia. De parecer opuesto eran el cardenal Borja y los condes de Monterrey y Oñate, además del Inquisidor general. Los tres compartían una experiencia vital común. Eran perfectamente conocedores de la situación real del reino partenopeo, de las desmedidas ambiciones de su aristocracia y de la existencia de contactos con el *Rey Cristianísimo*. Don Gaspar de Borja y Velasco<sup>37</sup> expresó su inquietud ante tal eventualidad. Para él, el empleo de los napolitanos se había de circunscribir a los oficios de guerra. El conde de Monterrey fue más allá al delinear las posibles consecuencias que ello podía acarrear al monarca:

«tiene por çierto que si a los napolitanos se les abriese la puerta a los ofícios y puestos de Palaçio sería más medio de perderlos que de ganarlos. Porque no es nación la napolitana que se contendría fácilmente en los Puestos de Palaçio en no

---

<sup>33</sup> Probablemente don Giovanni Battista era demasiado joven para la asunción de semejante responsabilidad.

<sup>34</sup> Dinámica generada en la celebración de los Parlamientos. Para los de 1636 y 1639 véase G. Galasso: *Storia del regno di Napoli*, Turín 2006, III, pp. 139-179.

<sup>35</sup> ASN, Consiglio Collaterale, Cancelleria, Affari diversi, 2º serie, busta 7. Relación realizada en 1645 de los asientos del consejo Colateral que aparecían en los libros de la escribanía de la razón. Indicar que no se encuentran registradas las plazas de los regentes que ejercían efectivamente. En 1646, cuatro de los seis regentes y el secretario del reino pertenecían a los *seggi nobili* de la ciudad. P. L. Rovito: *Il viceregno...op. cit.*, p. 263.

<sup>36</sup> AGS, Estado, leg. 3263. Este documento fue estudiado por John Elliott, que llamó la atención de los contenciosos existentes con la aristocracia napolitana por causas fiscales. J. H. Elliott: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona 2004, pp. 615-617.

<sup>37</sup> Sobre don Gaspar de Borja y Velasco me remito a los trabajos de Gloria Alonso de la Higuera, quien está desarrollando actualmente su tesis doctoral sobre el papel político de este ministro.

adelantarse a los mayores y más cercanos a la Real Persona de Vuestra Magestad y que esta naçión es menos templada en los sentimientos de lo que son los vasallos que naçieron en Castilla»<sup>38</sup>.

Nótese que este punto de vista era compartido por el conde de Oñate. Su hijo fue, posteriormente, virrey de Nápoles y no se mostró nada contemplativo con la aristocracia del reino napolitano ahondando, de esta forma, en los presupuestos planteados por su padre a comienzos de la década de 1640.

### *La restauración del conde de Oñate y delimitación del oficio*

En enero de 1643, el rey concedió a don Gaspar de Guzmán permiso para retirarse. Tras ello, se produjo la vuelta al gobierno por los consejos a la que hacía referencia José Pellicer y Tovar<sup>39</sup>. Los Consejos, compuestos por letrados o togados comandados por don Juan de Chumacero y Carrillo, aprovecharon la ausencia del Conde-Duque para tratar de reforzar su posición dentro de la corte de Madrid. En lo que respecta al caballerizo mayor, en octubre de 1645 se le concedió a don Carlo Caracciolo, por vía del consejo de Italia<sup>40</sup>, tras haberse mostrado dispuesto a colaborar con veinticuatro mil ducados de moneda napolitana<sup>41</sup>.

Don Carlo era hijo de don Giovanni Battista Caracciolo y doña García Carrafa marqueses de Santelmo. Por parte paterna era descendiente en calidad de nieto de don Ascanio Caracciolo, que fue caballerizo mayor y doña Aurelia Caracciolo, mientras que por el lado materno era nieto de don Giovanni Tomasso Carafa y doña Isabela Caracciolo. Los cuatro eran naturales del reino de Nápoles. En 1624, se le hizo merced de un hábito de la orden de Calatrava<sup>42</sup>.

Durante las revueltas don Carlo participó activamente en el servicio regio, a causa de lo cual don Juan de Austria escribió a su padre una carta laudatoria<sup>43</sup>. Sin embargo, el napolitano falleció en 1648 por lo que no pudo disfrutar de la

---

<sup>38</sup> *Ibidem*.

<sup>39</sup> J. Pellicer y Tovar: *Avisos*, París 2002-2003, I, p. 470: “los consejos las Consultas como en su principio, ya deshechas las Juntas”. Cuarto aviso del 22 de diciembre de 1643. Una aproximación más general en J. F. Baltar Rodríguez: *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*, Madrid 1998, pp. 91-92.

<sup>40</sup> AGS, SSP, leg. 23.

<sup>41</sup> ASN, Archivio Caracciolo di Brienza, Carte, busta 2.

<sup>42</sup> AHN, OOMM, Expedientillos, 9848.

<sup>43</sup> ASN, Archivio Caracciolo di Brienza, Carte, busta 2. Copia de carta de 1708: Don Carlo “asistió al duque de Arcos en sus mayores aprietos librándoles del riesgo en que le tuvo la plebe en la plaza de Palacio, cuando se retiró al convento de San Francisco de Paula”.

dignidad de caballero más que por un breve tiempo. Se abría una disyuntiva al no dejar por heredero más que a un varón de siete años. Don Iñigo Vélez de Guevara, aprovechó la ocasión para incluir el oficio en la política restauradora por él emprendida.

### *La atracción de voluntades*

Las revueltas de 1647-1648 y los años subsiguientes evidenciaron la utilidad del oficio en la política desenvuelta por el conde de Oñate y la corte de Madrid. Quedó patente la rivalidad entre los más distinguidos del *baronaggio* por hacerse con él, así como la importancia de la fidelidad mostrada por los marqueses de Santeramo para su conservación.

Ante el cariz que estaban cobrando los acontecimientos a finales de 1647, Felipe IV concedió a su hijo una plenipotencia que le confería potestad absoluta para conceder un indulto general y otorgar las mercedes y gracias que considerase efectivas, a fin de garantizar la conservación del reino partenopeo bajo la soberanía real<sup>44</sup>. Don Juan estableció nexos muy estrechos con la nobleza algunos de cuyos miembros plantearon, incluso, la opción de convertirle en rey<sup>45</sup>, proyecto que al parecer no fue del todo desestimado por el infante. El 18 de septiembre de 1649, el soberano agradeció al conde de Oñate el cuidado que había puesto en retener y controlar las ambiciones de su hijo. Para evitar eventualidades similares don Antonio Ronquillo fue apartado de la plaza de embajador en Génova y situado junto a él. Asimismo, Felipe IV despojó a don Juan de la dirección de la empresa de los presidios toscanos:

«A Nos, no nos permite la razón de Estao de darles [en referencia a los napolitanos] un Rey, para perder los Reynos de la vna, y otra Sicilia, y en consequencia el Estado de Milán, de los quales depende la coseruación de toda la Monarchia. Por esto alabamos la ocular vigilancia que teneys como nos escriuis, sobre los descubiertos designios de Don Iuan de Austria nuestro Hijo, que nos plaze que practicasse la Política de Absalon. En execución de lo que por nuestros auisos aveys entendido, resolvimos de remouer de Genoua a don Antonio Roquillo Ministro de lealtad, y virtud experimentada; para que con la sabiesa de sus cosejos

---

<sup>44</sup> AHN, Estado, leg. 2791 se puede ver una copia de la misma. AGS, SSP, leg. 218 y Estado 6152. No entra entre los propósitos de estas líneas profundizar en este punto que ha sido perfectamente abordado por la historiografía.

<sup>45</sup> G. Galasso: *Napoli spagnola dopo Masaniello. Politica, cultura, società*, Florencia 1982, I, pp. 10-12 y 21-22. P. L. Rovito: “La rivoluzione costituzionale di...”, art. cit., p. 456.

pueda regirle, y moderarle, porque de otro modo resolveríamos de sacarle de Italia, y llamarle a la Corte»<sup>46</sup>.

Con ello pretendemos ilustrar la diferencia de carácter e, incluso, de puntos de vista entre el infante y el conde de Oñate que alcanzó, además, la forma de comprender la política. Don Juan no guardó mal recuerdo de su breve paso por el reino napolitano, a excepción de los conocidos encontronazos que mantuvo con Oñate<sup>47</sup>. La falta de sintonía fue recogida por don Alonso de Heredia, secretario del duque de Sessa:

«el conde de Oñate hace mui bien Birrey pero qual no lo ha sido a los principios tachale de indigesto en la condición, con que no está tan amado como era menester. Y al contrario del señor don Juan, porque es sumamente apasionado y honrador, con que se lleva los corazones de todos, y entre estos señores no hacen buena liga»<sup>48</sup>.

### *Reforma del oficio de caballerizo mayor*

En letra de 25 de enero de 1649, don Iñigo Vélez de Guevara compartía la muerte de don Carlo Caracciolo con la corte de Madrid. El contenido completo de la misiva trataba de orientar al consejo de Italia hacia sus postulados, que no eran otros que proceder a una reforma profunda del oficio. Para ello era necesario, en primer lugar, proveerlo “porque tiene harto manejo y si no ay quien le sobre entienda, consume mucha hazienda a Vuestra Magestad y causa poco luzimiento”<sup>49</sup>. A continuación pasaba a exponer una pléyade de pretendientes, algunos de los cuales estaban dispuestos a comprarlo. Encabezaba la terna el príncipe de Col (Colle), cuya familia era reconocida entre las más nobles del reino por parte del consejo de Italia cuando en 1644 le había

---

<sup>46</sup> BNE, 3/40970, titulada: “Letra de confiansa escrita en cifra por la Magestad de Felipe Quarto el Grande, Rey de España, al Conde de Oñate, Visorey de Nápoles”, p. 15. Se trata de una copia. Ya con anterioridad había señalado la sintonía existente entre don Juan y la aristocracia. Esta segunda utilizaba al infante para cuestionar su autoridad, mientras que algunos ministros cercanos a él cercanos intentaron que se prolongase su estancia en Italia por razones de su conveniencia. AGS, Estado, leg. 3273.

<sup>47</sup> RAH, Salazar y Castro, A-103, ff. 150v y 160r-164v. Cartas de don Juan a don Luis de Haro de 24 y 27 de julio de 1649 respectivamente.

<sup>48</sup> Citado por A. Minguito Palomares: *Nápoles y el virrey conde de Oñate. La estrategia del poder y el resurgir del reino (1648-1653)*, Madrid 2011, p. 152.

<sup>49</sup> AGS, SSP, leg. 23. Copia de carta del conde de Oñate y Villamediana desde Nápoles de 25 de enero de 1649.

denegado la regencia del consejo Colateral<sup>50</sup>. Tras él proseguían don Héctor Caraffa, que era hermano del duque de Andria quien tenía “raza en Pulla y también allí los demás intereses de Massarias”; el príncipe de Supini cuñado del difunto, el príncipe del Valle o, entre otros, el duque de Siano (don Carlo Capecelatro<sup>51</sup>) que era hijo del marqués de Torela regente de capa y espada del consejo Colateral. El Duque era, además, entendido en materias ligadas a la caballeriza y cría de caballos. Por último, aunque no por ello menos importante, don Reinaldo Miraballo que era teniente del caballerizo mayor en el reino. Caballerizo de Vuestra Magestad, por lo tanto criado suyo, sobresalía por sus excelentes aptitudes. Los dos últimos, además, eran los únicos discípulos vivos del marqués de Santeramo. Fuera cual fuera la forma en que el rey se decidiese a proveerlo (por venta o gracia), en opinión de Oñate el nombramiento había de ser “por interin para assentar las reformas como he dicho arriba”. ¿Cuáles eran éstas? El propio virrey lo expuso de forma categórica: “más el ver los abusos, que están introduzidos de arrendar el Cauallerizo mayor las yerbas que han de seruir de pasto a la raza, alquilar las mismas y aguas para harar, vender y dexar hurar los potros”.

Entre semejante multitud de candidatos, los adelantados por Oñate provenían, casualmente, de la nobleza pero no de la más alta alcurnia. El motivo era evitar discrepancias en la revisión de la dignidad. Constituía una advertencia dirigida a las grandes familias napolitanas: la conservación de estos oficios no se fundamentaba en la calidad de su sangre, sino que son oficios que pertenecían al soberano. Éste en el libre ejercicio de la gracia los concedía a través de los virreyes.

Sin embargo, apenas dos meses después el virrey cambió de parecer de parecer sobre el sujeto idóneo, pero no así el trasfondo en que se insertaba la nominación. Por consideraciones políticas el conde de Conversano era antepuesto a todos. Don Girolamo Acquaviva d’Aragon era miembro de uno de los linajes más ilustres de todo el reino. A los distinguidos servicios familiares había que añadirles los suyos propios, sus conocidas riquezas y posesiones territoriales y un temperamento impulsivo. El Conde poseía, ciertamente, un fuerte carácter que, en ocasiones, suscitaba recelos entre los gobernantes de la

---

<sup>50</sup> AGS, SSP, leg. 22: “el Consejo tiene particular satisfacción de los méritos y partes deste Cauallero por la buena quenta que ha dado todo lo que ha estado a su cargo y particularmente en el Gouierno de las Prouincias de Otranto, Capitana y Condado de Molise y Abruzo Citra, y por la finenza con que él y los suyos han acudido al seruicio de Vuestra Magestad en los Parlamentos, y Donatiuos que se han hecho en aquel Reyno”.

<sup>51</sup> Era descrito por Pablo Antonio de Tarsia como caballero de “ilustre sangre”, entre lo más granado de todo el reino. P. A. de Tarsia: *Tumultos de la ciudad y reino de Nápoles en 1647*, Nápoles 1670, p. 42.

Monarquía. En el transcurso de las revueltas llegó a faltar al duque de Arcos criticándole de forma abierta la manera en que estaba disponiendo las operaciones militares<sup>52</sup>, además de negarse a cumplir las órdenes de don Vincenzo Tuttavila que había sido nombrado para liderar el ejército de los barones<sup>53</sup>. Oñate consideraba que la embajada de Alemania era un empleo proporcionado a la calidad de su persona y linaje, en el que por sus propias virtudes y aptitudes se desenvolvería perfectamente sin temor alguno para el rey. Es decir, el propósito perseguido era desarraigarle del reino y evitar nuevos inconvenientes<sup>54</sup>.

El interés exhibido por el napolitano constituía la oportunidad perfecta para atraerle a la corte de Nápoles y de aquí ser encaminado fuera del reino, lo que serviría para apartarle de “de las inquietudes que siempre ha tenido y con versse gratificado [oficio de caballero mayor] y obligado a servir se puede esperar que mudará de condición y que por estos motivos antepone su persona”<sup>55</sup>. En situación similar se encontraban los príncipes de Montesarchio y Troya, el marqués de Torrecuso o Luis Poderico<sup>56</sup>. Todos ellos estaban emparentados con los marqueses de Santeramo, que evidentemente había exhibido su interés por ser condecorado con la continuación de la jefatura de las caballerizas.

El consejo de Italia admitía que el oficio iba a recobrar realce si este fuese concedido a Conversano, pero la natural inclinación a la subversión y su reconocida ansia por la grandeza de España le convertía en un sujeto sospechoso. Consideraban que era mejor que las caballerizas recayesen en una persona más proclive a las reformas. Por ello, favorecieron al marqués de

---

<sup>52</sup> A. Hugon: *La insurrección de Nápoles 1647-1648. La construcción del acontecimiento*, Zaragoza 2014, p. 285.

<sup>53</sup> ASN, Segreteria dei viceré, 2º, busta 128. En diciembre de 1647 el duque de Mataléon protestó ante el virrey por el procedimiento que el Conde daba a sus vasallos y a los súbditos del rey. ASN, Segreteria dei Viceré, 2º, busta 131.

<sup>54</sup> AGS, SSP, leg. 23. Diciembre de 1648.

<sup>55</sup> *Ibidem*.

<sup>56</sup> El general don Luis Poderico, caballero de la orden de Calatrava, fue electo en 1648 por las plazas nobles de la ciudad para representar ante el rey los servicios prestados por la nobleza y *baronaggio* durante las pasadas revueltas. En su transcurso sirvió como general de la artillería, lo que no le obstó para participar en la conspiración profrancesa de Andrea Paolucci. Durante su estancia en la corte defendió vivamente los intereses de la nobleza. En la carta que daba cuenta de su salida de Nápoles hacia Madrid, el conde de Oñate le adjetivaba como “hombre de melancolías para hazer qualquiera resolución y destas se seguirían aquí malos efectos”. AGS, Estado, leg. 3273, AHN, Estado, leg. 2033, ASN, Segreteria dei viceré, 2º serie, busta 133, P. L. Rovito: “La rivoluzione costituzionale di Napoli”, en *Rivista storica italiana*, 98 (1986), pp. 423 y 453-454. Posteriormente, fue empleado en el frente catalán, prohibiéndosele la posibilidad de retornar a casa.

Santeramo<sup>57</sup>. Por cédula real de 6 de junio de 1649, se despachó el privilegio de haber hecho el rey merced del oficio al marqués de “Çeruinara para el de Santeramo su hijo”.

Don Giovanni Battista Caracciolo, nieto de don Ascanio Caracciolo e hijo de don Francesco Caracciolo, marqués de Cervinara y doña Porzia Caracciolo, nació en Nápoles en julio de 1627. Contaba, por lo tanto, con veintidós años de edad cuando se le despachó título por el consejo de Italia<sup>58</sup>. El 9 de noviembre de 1658 contrajo matrimonio en Nápoles con doña Vittoria Cavaniglia de la familia de los marqueses de San Marco<sup>59</sup>. Había ofrecido catorce mil ducados, a fin de que la dignidad siguiese vinculada a su linaje. Tampoco cabe afirmar que el servicio económico ofrecido por el Marqués fuese la razón principal que inclinase al rey, ya que algunos habían ofrecido mayores sumas.

Nuevamente la concepción de respeto a la tradición, linaje, servicios prestados a la Corona, aptitudes del candidato y el servicio económico se conjugaron para influir en el ánimo del rey. A ello cabe sumarle la determinación del rey y del virrey de reformar los *Gran Uffici* y reducir los privilegios, honores, beneficios, goce económico y el número de personas que recaían sobre su jurisdicción, al considerar que eran incompatibles con los derechos inherentes a la realeza.

Don Alonso de Heredia y Cabrera pormenorizaba al duque de Sessa las limitaciones y vejaciones a las que estaba siendo sometido el oficio de gran Almirante por parte del virrey y de los ministros reales:

«mucho deseara antes de mi partida dejar vendido el officio de grande almirante assi por las conveniencias de la Casa, como porque cada día los señores bireyes se esmeran en procurar limitarnos la Jurisdicción con el pretesto de conbenir assi para el beneficio común, como attualmente me esta suciendo ahora con el señor conde de Oñate. [...] el sueldo de gran Almirante ha quedado en tan miserable estado que no se recoge al año ochocientos ducados porque las situaciones donde estaban han falido».

---

<sup>57</sup> Consulta de 11 de mayo de 1649 en donde concurrieron el conde de Monterrey y los regentes don Miguel de Salamanca, don Francisco Ramos, don Pedro de Gregorio y el conde de Mora. AGS, SSP, leg. 23. Finalmente, el conde de Conversano fue trasladado a Madrid donde fue recibido por el rey y, posteriormente, dirigido a un empleo militar fuera de Nápoles. A. Minguito Palomares: *Nápoles y el virrey conde... op. cit.*, pp. 212-215.

<sup>58</sup> Archivio di Stato di Bari: *Archivio Caracciolo Carafa di Santeramo (1191-1976)*, *op. cit.*, p. 51.

<sup>59</sup> <http://www.famiglienobilinapolitane.it/Genealogie/Caracciolo%20di%20Sant'Eramo.htm> (consulta realizada el 10 de septiembre de 2014)



Era, en efecto, principalmente una cuestión de jurisdicción: retornar el control de la justicia a los tribunales reales, lo que equivalía a su extracción de los particulares. Las causas de los súbditos habían de ser sentenciadas por ministros reales, que además eran los únicos habilitados para portar armas. Don Alonso señalaba que, en esta ocasión, se estaba cumpliendo con lo dispuesto por las pragmáticas:

«también el regente de la Vicaría que es Ministro suyo [del conde de Oñate] ha ordenado sobre grandes penas que ningún Ministro de los de su Jurisdicción lleben a nuestras cárceles ni a otra ninguna desta ciudad ningun carcerado de los que a él toca, si no es a la Vicaria, cosa que aunque otras beces se ha mandado y con pragmática hasta oy no se ha puesto en ejecución, por cuya causa se perderan mas de trescientos dc de renta al año en las carceles de V.E.»<sup>60</sup>.

No obstante, el duque de Sessa instó a su secretario a continuar en el empeño de recuperar las prerrogativas económicas y jurisdiccionales. El momento oportuno iba a coincidir con la salida del virrey del conde de Oñate para proceder a la recuperación de los presidios toscanos. En su ausencia, el gobierno iba a ser desempeñado por don Beltrán Vélez de Guevara, su hermano, de condición y trato más suave y accesible.

Enfrentamientos muy similares mantuvo con la otrora poderosa familia de los condes de Colonna<sup>61</sup>. El caso del Condestable tenía el agravante de que se había comportado con “tibieza” durante las alteraciones de 1647-1648<sup>62</sup>. La intervención de los ministros reales alcanzó incluso la cota de proceder judicialmente contra él y a la confiscación de sus bienes inmuebles.

El conde de Oñate y Felipe IV demostraban con ello su propósito de extender su jurisdicción sobre todos y cada uno de los súbditos del reino a través de las magistraturas colegiadas. Fueron, en efecto, los nobles y barones napolitanos quienes vieron menguar sus atribuciones en detrimento de la Monarquía y los tribunales reales del reino (togados), que apoyados por los consejos de la corte de Madrid fueron recobrando espectros de poder.

Como se desprende de lo señalado, su puesta en ejecución dependía en buena medida de la personalidad y carácter de los *alter ego* y ministros del rey. En la corte de Madrid, el virrey de Nápoles contó con el apoyo de don Tomasso Brandolino, nominado regente del consejo de Italia en la plaza que había vacado tras la provisión de la presidencia del tribunal de Santa Clara en don Francesco

<sup>60</sup> A. Minguito Palomares: *Nápoles y el virrey conde... op. cit.*, pp. 205-207. Carta de 2 de febrero de 1650.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 208-212.

<sup>62</sup> AGS, SSP, leg. 218.

Merlino. Pier Luigi Rovito dio cuenta de que la promoción de don Tommaso procedía, principalmente, del sostén del conde de Villamediana<sup>63</sup>. La correspondencia de este sugiere, en cambio, que se trataba de un diseño político de los togados del consejo de Italia, al no haber sido Brandolino postulado por el Conde<sup>64</sup>. Éste deseaba incluir dentro del tribunal a un experto en materias fiscales, en un momento en el que estaba tratando de establecer un nuevo sistema impositivo que garantizase la sostenibilidad de la hacienda regia. El doctor Tommaso Brandolino era hijo del, también, doctor Scipione Brandolini que fue regente del consejo de Italia, y hermano de Giuseppe que perteneció al tribunal de Santa Clara. En 1643, don Tommaso había sido ascendido, mediando consulta del consejo de Italia, a la plaza de fiscal de la vicaría tras haber estado ejerciendo la colegiatura “muchos años [como] auditor de Provincia, Juez Civil, Juez Criminal y Fiscal en ínterin”. Por lo tanto, se trataba de un ministro respetado en los círculos gubernativos de la corte de Madrid y en el que iban a confiar para lidiar con el espinoso cometido de sosegar a la aristocracia napolitana. Rovito añade, además, que Brandolino había insultado públicamente a la nobleza. Éstos trataron, a través del embajador don Luis Poderico, de impedir su ingreso en el tribunal colegiado<sup>65</sup>. Así y todo, no lograron su propósito. En ambas cortes, se mantuvo esta política ‘antinobiliaria’ lo que acabó por afectar, finalmente, a los marqueses de Santeramo en su condición de caballerizo mayor del reino.

### *La supresión de las caballerizas de Nápoles (1670 aprox.-1686)*

Don Giovanni Battista Caracciolo fue el último marqués de Santeramo que consiguió retenerlo hasta su muerte en diciembre de 1685. En los treinta y seis años que estuvo en activo, el Marqués destacó por su fidelidad a la Corona sobresaliendo en acciones puntuales como la revuelta de Messina. En este largo periodo, la peculiar labor desenvuelta por el conde de Oñate fue continuada por sus sucesores.

En diciembre de 1681, el caballerizo mayor comenzó a remitir memoriales a la corte de Madrid en los que requería la ampliación del oficio por una vida más. Eso sí, en un tono más exigente demandaba que ésta fuese con “tutti i lacri, emolumenti, prerogative, preeminenze, immunità, superiorità, esentioni, libertà, fauori, gratie, onori, giurisdizione ciuile e criminale, mero e misto imperio”<sup>66</sup>. Para ello ofrecía servir con cuatrocientos hombres ‘armados de espada’ a su

<sup>63</sup> P. L. Rovito: “La rivoluzione costituzionale... art. cit., pp. 453-454.

<sup>64</sup> AHN, Estado, leg. 2033. Sigüientes líneas se fundamentan en *Ibidem*.

<sup>65</sup> P. L. Rovito: “La rivoluzione costituzionale... art. cit., pp. 453-454.

<sup>66</sup> AGS, SSP, leg. 23. Carta de 5 de diciembre de 1681.

costa, que en su equivalente monetario ascendía hasta los cuatro mil ducados. Por lo tanto, valoró el oficio en doce mil ducados por lo que cuatro mil consistía una tercera parte, importe que se solía abonar en concepto de “ampliación de oficio”.

El consejo de Italia difirió en el punto de partida, al considerar que el valor del oficio era de veinte mil y no doce mil ducados<sup>67</sup>. Asimismo, al ser de “mucha *authoridad* y *conueniencia* de quien le possee” no se trataba de una simple ampliación sino de un nuevo beneficio. En un principio la diferencia estribaba en la cantidad. Sin embargo, don Luis Carrillo y don Juan de Ramundenta, regentes del Consejo, optaron por diferir el negocio hasta que de Nápoles “se enviase persona con poder para tratarlo”. El regente don Francisco Moles era partidario de solicitar seis mil y quinientos (un tercio de los veintemil en que era valorado), mientras que don Pedro Guerrero apostaba por la totalidad de los veintemil. Carlos II, de forma implícita, se convino con Carrillo y Ramundenta, al ordenar “suspendase esta consulta hasta que venga la procura para trattar aquí este negocio y hágase despacho al virrey en respuesta a su carta sin expressar los precios que aquí se estimado el officio”. En el despacho que se remitió al marqués de los Vélez, el rey varió la naturaleza de la pretensión de Caracciolo. No se trataba de una ampliación “sino como nuevo beneficio lo que aora pide”<sup>68</sup>. En la réplica, el Marqués denotaba haber captado la verdadera enjundia de las intenciones reales. No obstante, alertaba de haber visto “al Marqués en desconsuelo”. La anotación realizada a la carta no dejaba lugar a dudas: “visto y tengase reseruada esta carta y demás papeles desta pretensión en la secretaría como si por ahora [no] se huiera hablado en ello”<sup>69</sup>.

Durante la regencia y el valimiento de don Juan había cambiado la noción que del oficio se tenía en la corte de Madrid. Ya no era concebido como un medio de integración de una de las familias más importantes de la aristocracia napolitana, sino un *empleo honorífico* que dañaba las regalías reales e impedía la correcta administración de la justicia. En una coyuntura en la que se trataban de eliminar los intermediarios entre el rey y los súbditos en el ejercicio del gobierno, únicamente quedaba el acceso al poder de una persona con resolución suficiente para emprender la decisión. Don Juan tuvo esa voluntad decidida que fue continuada por sus sucesores. Como ha señalado Manuel Rivero Rodríguez en la segunda mitad del XVII Madrid se constituyó en la única corte de la Monarquía (‘Sólo Madrid es Corte’) en detrimento de otros territorios<sup>70</sup>. Había

<sup>67</sup> *Ibidem*, consulta del consejo de Italia de 7 de febrero de 1682.

<sup>68</sup> *Ibidem*, borrador de 23 de febrero de 1682.

<sup>69</sup> *Ibidem*, 11 de mayo de 1682.

<sup>70</sup> M. Rivero Rodríguez: “La crisis del modelo cortesano virreinal en la Monarquía Hispánica: La revuelta de Palermo de 1647 en el contexto de las revueltas provinciales”, en

variado la percepción de gobierno: ahora se gobernaban territorios no sólo familias. Únicamente las personas que sirviesen a los ojos del príncipe o de forma tácita en una ocupación “efectiva” iban a ser retribuidas con un oficio o consignación económica.

El 4 de diciembre de 1685 el marqués del Carpio, virrey de Nápoles, en misiva al rey Carlos II notificaba la muerte del marqués de Santeramo y la nominación de su hijo, marqués de Seminara, como teniente de caballerizo mayor del reino napolitano. Lógicamente, era en ínterin y a la espera de la confirmación real. Ante la falta de respuesta, don Gaspar de Haro y Fernández de Córdoba optó por enviar la nómina acostumbrada. El primer lugar era copado por el marqués de Santeramo “a quien su Padre desde que tubo uso de razón le crió en este exercicio, es muy práctico, del manejo de los cauallos de raza Real y traen de hombre de a cauallo, y heredero del difunto”. Le proseguían don Orazio Carrafa y don Gennaro Carmiñano hijo de Troyano Mirabel (Miraballo) a quien el rey había dado la propiedad del empleo de primer caballerizo Nápoles. El 26 de abril, el consejo de Italia decidió “se suspendiese hasta ver la resolución que Su Magestad se siruiere tomar quanto a la extinción o no de la caualleriza de Nápoles”<sup>71</sup>.

A la corte de Madrid continuaron llegando solicitudes de particulares que ansiaban ser distinguidos con el ejercicio de caballerizo mayor del rey en Nápoles. Entre ellos figuraban personajes de la más alta cuna del reino como don Francesco Caracciolo, marqués de Grottola, quien se encontraba en el estado de Milán y que deseaba ser honrado “con algún puesto honorífico para el crédito y estimación de su persona”, con la posibilidad de que sus ausencias fueran cubiertas por su hijo<sup>72</sup>. A pesar de no haber obtenido respuesta y de habérsele ‘vaciado’ de algunas de sus prerrogativas, siguieron aspirando a este oficio las familias más reseñables del reino. Éste les confería una dignidad que les diferenciaba, positivamente, del resto de sus ‘iguales’. En 1708, con el cambio de dinastía, don Joseph Caracciolo, arguyendo los méritos y servicios prestados por el linaje, intentó perpetuar el cargo en su persona y casa<sup>73</sup>.

---

M. L. González Mezquita (coord.): *Historia moderna: viejos y nuevos problemas*, Mar del Plata 2009, pp. 17-40, esp. 30 y ss.; *Ibidem: La edad de oro de los... op. cit.*, pp. 269-294, esp. 286-294.

<sup>71</sup> AGS, SSP, leg. 23. Carta de 26 de marzo de 1686 desde Nápoles y consulta del consejo de Italia de 26 de abril en la corte de Madrid.

<sup>72</sup> *Ibidem*.

<sup>73</sup> ASN, Archivio Caracciolo di Brienza, carte 2.